

Barres estaba en su despacho una mañana, redactando un artículo para el *Triunfo del Pueblo*, cuando su vieja ama de gobierno entró sin llamar y le dijo, desdeñando la molestia que podía causarle :

— Señor, el señor Appel está ahí.

— ¿Quién? ¿Pedro? preguntó Barres levantando su cabeza de león miope.

— No, el señor doctor Appel...

Barres se irguió, separó las cuartillas y dijo yendo á recibir á su amigo hasta la puerta :

— ¿Tú, á estas horas? ¿Te sucede alguna cosa? Entra... Rosa, déjenos usted.

— Naturalmente... No me voy á quedar á oírles á ustedes... murmuró la criada. ¡ Déjenos usted! Vaya unas maneras de aristócrata... ¡ Déjenos usted!

Se marchó furiosa y Barres no tuvo tiempo de oír los comentarios de aquel tirano con faldas, cuyas intemperancias de lenguaje sufría á causa de veinte años de fieles servicios. Se llevó á Appel hasta la ventana, le miró atentamente á la cara y dijo sentándose enfrente de él :

— Tú no tienes tu cara de todos los días, querido.

Y luego, debías estar en tu clínica y no estás. Algo turba tu existencia. ¿Está enferma Francine? ¿El muchacho ha hecho alguna calaverada?

— No las ha hecho, pero tememos que esté á punto de hacerlas. Hace una semana que no recibimos noticias tuyas y no hacemos más que recibir anónimos...

— ¡ Ah! ¿ Á propósito de qué?

— Á propósito de la campaña electoral que está sosteniendo por ti en Maillane.

— Y bien, ¿ qué te importa eso? dijo Barres con tranquilidad. Te escriben que tu hijo defiende la causa de un canalla, de un enemigo de la sociedad, de un monstruo sediento de oro y sangre... Sé á qué atenerme sobre las opiniones que se sustentan sobre mí. Supongo que añaden equitativamente que Pedro es un producto abyecto de la educación laica, un afiliado á la Internacional, un hombre sin patria, un... En fin, ya conoces esa letanía... Bueno ¿ y qué?

— No se trata de nada de eso, dijo Appel fríamente. Pretenden que Pedro ha hecho causa común con tu adversario, que no sale de su castillo y que come con él todos los días. Se insinúa que una encantadora americana, hijastra del candidato, es el cebo que atrae irresistiblemente al ex defensor de tu causa.

— ¡ Diablo! dijo Barres.

Los dos amigos se miraron muy seriamente. Barres se levantó. Cogió de la chimenea una pipa de cerezo, la cargó en silencio, la encendió y volvió á sentarse. Appel estaba meditando con la cabeza baja. Era siempre el mismo hombre delgado, fino, con expresión de exquisita bondad, una radiante inteligencia en los ojos y una sagaz sonrisa en los labios. Pero había envejecido y su frente pensativa estaba surcada por algunas arrugas. Parecía vestir la misma levita negra

que en su juventud, pero la actual no estaba rapada ni blanqueaba por las costuras, y la felpa de su sombrero de copa no era rojiza á fuerza de mojaduras.

— Para que un muchacho, dijo Barres, tan fuertemente impregnado en nuestros principios, se someta á compromisos semejantes, es preciso que existan muy graves razones. No creo en la corrupción del lujo ni en el atractivo de la belleza. Un carácter como el de Pedro, tan recto, tan franco, tan firme, no se pliega á la traición por algunos goces de amor propio ó por las seducciones de la coquetería. Le hemos templado mejor que todo eso y él no es de un metal vulgar.

— Eso es lo que yo me digo, y por eso es doble mi inquietud. Cuanto más vale ese chico, más grave es su capitulación. Un espíritu ligero puede cambiar; un corazón frívolo puede dejarse ganar, pero Pedro...

Barres dió un golpe en el pupitre y exclamó :

— ¡Pero somos unos imbéciles! Anónimos... ¿Qué vale eso? Pueden ser embustes... ¡Y estamos aquí calentándonos la cabeza! ¿Has hecho siquiera alguna averiguación?

— Ya te he dicho que hace una semana que Pedro no escribe. La coincidencia es, por lo menos, significativa... Su madre está devorada de inquietud.

— ¿Qué diablos puede haber en esto? dijo Barres echando bocanadas de humo. ¿Una muchacha bonita? ¡Ah! las muchachas bonitas...

En este momento se presentó el ama de gobierno y dijo con su agria voz :

— Señor, el señor Breloquier quiere hablar con usted.

— ¡Breloquier! ¡Por vida de!... Llega á punto.

— Podía usted decirlo sin jurar, gruñó Rosa.

— Recíbale usted, dijo Barres.

— Ya entrará solo, supongo. Conoce la casa.

Breloquier entró, dió la mano á su jefe, saludó á Appel y dijo poniendo el sombrero con cuidado en un mueble :

— Me alegro de encontrar aquí al doctor, porque tengo que hablarle.

— Ya lo suponía él.

— ¿Por qué?

— ¿Se trata de Pedro, no es eso?

— Sí, pero ¿quién se lo ha dicho á ustedes?

Barres se sonrió

— Un cobarde anónimo.

— ¿Han escrito á ustedes? Eso me ahorra explicaciones.

— Pasemos á los comentarios. ¿Qué significa ese cambio de conducta?

— Vengo de Maillane expresamente para preguntárselo á ustedes. Yo no comprendo absolutamente nada.

— ¿Ha visto usted al muchacho estos días? ¿Qué le ha dicho á usted?

— No le he visto más que de lejos. Encuentro cerrada su puerta y en la calle evita el hablarme. Y como tiene mejores piernas y más aliento que yo...

— ¿Tiene, entonces, miedo de explicarse? ¿Cree, pues, que hace mal? ¡Qué poco se parece de ese modo al muchacho que yo conozco! dijo Appel dolorosamente. ¡Me lo han cambiado! Pero ¿quién?

— El hombre que habló con él hace ocho días, en mi presencia, en el café del Comercio...

— ¿Maillane? ¿Cómo se han encontrado?

— ¡Bah! Maillane buscaba á Pedro, y se le llevó delante de mí como un rico extranjero se lleva una mujerzuela en el café Americano... Yo no volvía de mi asombro... Se fueron juntos y yo estaba seguro de ver

al joven una hora después para reirnos juntos de la entrevista... ¡Que si quieres! No sé cómo se las ha arreglado ese aventurero, pero le ha embrujado tan bien, que no he visto á Pedro desde ese momento.

Appel reflexionaba con la frente inclinada y dijo de pronto :

— ¿Ha visto usted á ese Maillane? ¿Qué señas tiene?

— Es un buen mozo de pelo gris, voz acariciadora y bien timbrada, vista segura y una facundia y un tupé del infierno. Representa cincuenta años.

— ¡Maillane! ¡Maillane! murmuró Appel. No conozco á nadie de ese nombre. ¿De dónde ha salido ese personaje?

— Cuando entró en el café le acompañaba un amigo, pequeño, delgado, moreno, á quien conozco bien, porque es el agente electoral, el factótum de nuestro adversario, y que me parece hombre listo. Se llama Claudio Brun.

Appel palideció y lleno de estupor se dió un golpe en la frente con la mano.

— ¡Claudio Brun! Entonces todo se explica y resulta claro. Ya no hay ilusión posible. ¡Ah! ¡Pobre muchacho! ¡Desgraciada mujer!

— ¿Qué pasa, pues? ¿Quién es ese hombre? dijo Barres.

— Un resucitado. Juan Dartigues.

— ¡Demonio! exclamó Barres.

Los dos hombres se quedaron callados y Breloquier, comprendiendo que molestaba, se levantó y dijo :

— Ahora que están ustedes enterados, me voy. Además, esta tarde veré á usted. Tengo que hacer algunas comisiones.

— Sí, va usted al café Mazarino á ver á los camaradas,

dijo Barres sonriendo. Vaya usted, mi buen Breloquier; el café es el salón de los proletarios... Esta noche comeremos juntos.

— Con mucho gusto.

— ¿Necesita usted dinero?

— No; gracias. Tengo mi paga del mes.

Breloquier se marchó.

— ¡Un hombre honrado! dijo Barres. Y con talento. Pero no tiene formas y, después, ha sido de la *Commune* y piensa todavía como en aquella época, lo que no es una recomendación para los hombres del poder, que todos han vuelto la casaca...

— Volver la casaca, dijo amargamente Appel, no es nada. No hace falta para eso más que cinismo. Pero volverse el corazón, darse la vuelta al cerebro... ¿Cómo se puede llegar á tanto? Eso es, sin embargo, lo que ha hecho ese desgraciado niño... ¡Y en ocho días! Ha bastado que un hombre á quien no conoce, del que no conserva ni el recuerdo, se presentase á él, para que le haya seguido subyugado...

— ¡Es su padre! dijo Barres.

— ¡Su padre! Su padre soy yo, replicó dolorosamente Appel. ¿Basta que un hombre fecunde á una mujer para ser el padre de su hijo? Desde el punto de vista de la naturaleza y de la ley, sí, así es; pero en el concepto social, no y no mil veces. Y esto es solamente lo que nos interesa. Esa ley es inepta y feudal, pues crea exclusivamente la independencia del macho, impone á la madre todas las cargas de la fecundidad y le prohíbe sustraerse al deber de la maternidad. El padre puede marcharse y desaparecer. Ha sido el creador triunfante y tiene derecho para pasar á otra clase de ejercicios, mientras la madre se queda con su hijo en los brazos. Andando el tiempo, si el fugitivo vuelve y le place ó

le conviene recordar que es padre, no tiene más que darse á conocer y recobra toda su autoridad sobre la madre y sobre el hijo. Tal es la ley. ¿Y tú, Barres, crees haberlo dicho todo exclamando « es su padre? »

— No explico nada; hago constar. Puedes suponer que no voy á entablar una discusión contigo, mi amigo de siempre, que conoce mis ideas tan bien como yo mismo. No soy partidario de la autoridad paterna y la reemplazaría con la del Estado evitando así las diferencias de educación que resultan de los caracteres diversos de los padres. Pero no extraño que un muchacho como Pedro se haya conmovido profundamente á la aparición de un hombre unido á él por los lazos de la sangre. Esos fenómenos naturales se imponen. En este momento estáis en presencia dos hombres que sois padres á vuestra manera : Dartigues, que ha creado físicamente, y tú, que has creado moralmente. El uno no tiene más que un derecho, pero muy fuerte : ha dado la vida. El otro tiene mil, puesto que ha sido el educador, el creador intelectual, ha formado el alma y ha velado por ella durante veinte años, día por día, con la más tierna y la más inteligente solicitud. ¿Cuál de los dos vencerá? He aquí un buen problema psicológico que debe apasionar á un sabio como tú. ¿Has sido un buen maestro, amigo Appel? ¿Has moldeado ese espíritu de modo que sea capaz de darte la solución que tienes derecho á pretender? Vas á recoger lo que hayas sembrado, y si has hecho un hombre del pequeño Dartigues, si no le has dado en vano tu nombre, va á devolvarte centuplicados en un instante todos los beneficios que le has hecho en su vida.

— Pero su madre, de la que no hablas, dijo Appel con profunda melancolía; su madre no tiene rival ni él tiene que escoger entre ella y otra alguna...

— Te engañas. ¿No has oído lo que ha dicho Breloquier? ¡Hay una joven de por medio! replicó Barres con voz áspera. Y aquí encontramos también al instinto en lucha con el razonamiento. La madre y el deber de un lado; el padre y el amor del otro. ¿Quién triunfará : el deber ó el amor?

Barrés se calló y Appel no respondió. Su semblante tenía una expresión desolada. Después de unos instantes dijo :

— ¿Cómo puede siquiera plantearse la cuestión?

— Amigo mío, te colocas en los límites estrechos de lo abstracto y no tienes en cuenta las circunstancias y los medios. Pedro no tiene más que veinticuatro años y es vigoroso y apasionado. Se ve de repente en lucha con todas las tentaciones y los sofismas más satisfactorios se ofrecen á su pensamiento para convencerle de que es muy natural que ceda á esas tentaciones. Se encuentra enfrente de su padre y de un padre seductor, rico, generoso, rodeado de todo el brillo del lujo y acompañado de una hijastra extremadamente linda. Todo concurre á turbarle y á apoderarse de él. ¿Encuentras abominable que ceda ó parezca ceder momentáneamente? ¡Me dejas asombrado! Todo lo que sucede es muy sencillo. Pedro es hombre y por consecuencia débil. Le pides un estoicismo imposible. ¿Querías que en el primer momento rechazase á su padre diciéndole : « Atrás, no le conozco á usted »? Y ante todo, ¿sabes si el pobre muchacho lo ha hecho así y si el otro, con su facundia, no le ha engañado sobre la realidad de las cosas? ¿Qué le habrá contado de su madre y de ti?

— ¡El miserable! Si se ha atrevido á calumniar á Francine...

— ¡Bah! Querido, un poco de sangre fría. La ocasión es buena para el tal Dartignes. En suma, se encuentra

en presencia de un divorcio que ha permitido á su mujer casarse con el señor Appel. ¿Por qué ese divorcio? Dartigues ha debido explicarle del modo más ventajoso para él. Considera la confusión del muchacho, obligado á reconocer que, en realidad, su madre no es ya la mujer de su padre. He aquí un motivo de duda, de alejamiento. ¡Que no escribe! Naturalmente. ¿Qué había de escribir? No podría menos de decirnos que había encontrado á su padre y de preguntarnos por qué habías tú ocupado su sitio en el hogar doméstico. Ve que así os ofendería y prefiere callarse, sufrir solo y no comunicar sus dudas. Como comprendes, amigo, me esfuerzo en tocar las dificultades en que se encuentra ese pobre muchacho para excusarle, ya que no para disculparle. No es, evidentemente un milagro de virtud, pero tampoco un monstruo de ingratitud. Debes reservar tu juicio y, sobre todo, prepararte á combatir y persuadirte de que tienes que habértelas con un enemigo formidable.

— Conozco á mi hombre y sabía de lo que era capaz cuando se llamaba Dartigues. Ahora que es Maillane, no ignoramos tampoco lo que ha hecho desde hace cuatro años bajo ese nuevo nombre. Los negocios de Túnez, el puerto de Gabes y los tratos del ferrocarril tripolitano, nos indican que ese trapisondista sin escrúpulos no retrocede por nada. Sus asociados, Remancón y Barandet, están hace mucho tiempo mal notados en el mundo de los negocios y forman parte de la banda de especuladores que deshonoran al régimen republicano. Entre esa gente y nosotros debe existir una guerra á muerte.

— ¡Hola, hola! El hombre frío y reservado se vuelve apasionado y elocuente... Te encuentras más de los nuestros ahora que no se trata de resolver dificul-

tades abstractas, sino de trabajar en carne viva. ¡Qué poco sirve la filosofía cuando se sufre! ¿Verdad? ¡Y cómo se llega á pensar igual que los desheredados cuando se es víctima de un malvado poderoso! Vas á pasar fácilmente de la teoría á la práctica y no te doy mucho tiempo para ser de los más rabiosos.

— Pero entre tanto ¿qué me aconsejas?

— Ante todo, no decir nada á tu mujer.

— Bastante inquieta está ya.

— Puedes tranquilizarla sobre la salud de Pedro, puesto que has visto á Breloquier. Inventa una historia para explicar que el muchacho no puede escribir. Y ten paciencia tú mismo. El tiempo pondrá las cosas en su punto.

— No debo, sin embargo, dejar que Dartigues falsee el espíritu de Pedro, sin tratar de contrarrestar su influencia.

— ¿Cómo?

— Marchándome á Maillane.

¡Oh! Eso es lo último que debes hacer. Considera que al llegar tú á ese poblachón todas las curiosidades se desencadenarían y las consecuencias serían incalculables. Ese puede ser un remedio *in extremis*, para cuando hayamos agotado todos los medios de acción y no nos quede más que meternos en el abismo para arrancar de él á Pedro. Hasta entonces, contemporicemos á toda costa. Tascas el freno, pero no te muevas.

— ¿No podemos empezar á obrar contra Dartigues?

— Esa es otra cuestión. Estamos en plena lucha electoral, tenemos derecho á hablar y si nuestras palabras no agradan al señor de Maillane, tendrá que decir por qué. Tengo una porción de datos sobre él y voy á empezar á darlos á luz. Lo que más me asombra en esos trapisondistas es que siempre creen olvidadas sus

trapiondas ó suponen que nadie se servirá de ellas para hacerles daño. Son tan confiados como canallas.

— Esa gente cuenta con los escrúpulos de los hombres honrados y creen que no usarán los mismos medios que ellos emplean contra los demás. Su confianza es un homenaje á la delicadeza de sus adversarios.

— Pues bien, dijo Barres riéndose, vamos á causarles una decepción y á prescindir esta vez de todo escrúpulo. Dartigues ha sembrado vientos y va á recoger tempestades.

— Adiós, dijo Appel dando la mano á su amigo. Me voy á dar á Francine noticias de su hijo. Quisiera que fuesen mejores.

En su saloncillo de la calle del Luxemburgo, cuyas ventanas daban al antiguo jardín de los Médicis, la señora de Appel estaba bordando. Su cara, que había conservado la frescura de otro tiempo, estaba inclinada con expresión reflexiva. Las primeras tristezas de su vida habían impreso en su fisonomía una dulzura melancólica, y aunque no tenía más que cuarenta y seis años, su cabello estaba blanco. Nunca, ni aun en medio de los éxitos de Appel, había podido curarse de la sorda inquietud que le inspiraba la amenazadora inseguridad de su existencia con Dartigues. Siempre estaba esperando alguna desgracia.

En vano Appel, catedrático de fisiología, miembro de la Academia de medicina y universalmente considerado como una de las lumbreras de la ciencia francesa, había llegado á las más altas cimas de la ambición. Francine no había gozado en paz ni un solo día de aquella existencia. Las satisfacciones que le daba su nuevo marido no borraban las amarguras causadas por el primero. Impresionable y nerviosa hasta el punto de estremecerse por las más pequeñas causas, el doctor

se burlaba cariñosamente de sus infundados terrores.

Era, sin embargo, todo lo dichosa que se pudiera imaginar, pero el recuerdo de Dartigues envenenaba sus alegrías. ¿Qué había sido de él? Nunca había tenido noticias suyas desde su separación. Un instinto secreto le advertía que estaba vivo y que le volvería á ver algún día. No temía nada por ella, completamente separada de él, ni debía temer nada por su hijo, puesto que la sentencia de divorcio había confiado á la madre su tutela. Pero sabía de lo que Dartigues era capaz y la fuerza de persuasión de que disponía. Si tenía el capricho de recobrar su hijo ¿cómo impedirlo?

No había más que un medio : revelar á Pedro todo el pasado y hacerle saber las faltas de su padre. Pero ¿no sería una gran humillación y una gran pena para el altivo espíritu y el generoso corazón del joven? ¿No sería una pobre defensa para ella el decir á su hijo que su padre era un miserable? Todos estos pensamientos, profundamente reflexionados en la soledad, habían impreso una marca de tristeza en el bello semblante de Francine.

Se ocupaba mucho en las obras de caridad destinadas al alivio de la infancia y había animado á Appel á crear á sus expensas una clínica de niños. Así, la mayor parte de los honorarios que pagaban los clientes ricos, servía para el socorro de los pobres. Pero á pesar de todo, la fortuna había entrado en la casa, y Appel se había hecho rico por la fuerza misma de las cosas.

Á los cincuenta años estaba al frente del movimiento médico moderno y gozaba de una gran reputación en toda Europa. Á pesar de esa supremacía que debía suscitarle envidiosos, Appel era querido por su modestia, por su bondad y por su reserva. La franca oposición que hacía al gobierno y que le había hecho renunciar

á todas las condecoraciones, le daba una gran popularidad entre los estudiantes, para los cuales eran proverbiales su imparcialidad y su rectitud.

En la comunidad de existencia con aquel hombre superior, Francine, cuya instrucción era nula al lado de la de Appel, había adquirido un gran desarrollo de ideas generales. Su inteligencia, saturada por la conversación y por las observaciones ingeniosas sobre las cosas del pasado y del presente y sobre los hombres conocidos, había tomado una amplitud extraordinaria. Francine estaba en condiciones para hablar sin torpeza con los hombres eminentes que su marido recibía. Excelente dueña de su casa, sabía mostrar en las recepciones oficiales una sobria y grave elegancia que le captaba todas las simpatías. La maldad, que hubiera podido morderla por las tristezas del pasado, la respetó siempre como la digna compañera del bueno y gran Appel, cuya noble figura resultaba completada por la dignidad y la gracia de su mujer.

Con los ojos fijos en el bordado, á la viva luz que venía de los jardines, Francine trabajaba sin pensar en lo que estaba haciendo, cuando unos pasos conocidos en la pieza inmediata la sacaron de su meditación. Abrió la puerta con presteza y apareció Appel.

— ¿Y bien? dijo Francine.

— Barres no tenía tampoco noticias, pero su redactor del *Centinela* ha llegado de Maillane estando yo allí y he sabido por él que el muchacho está bueno. No hay, pues, más que un poco de negligencia y sus ocupaciones electorales...

La cara de Francine no se serenó. Miró á su marido moviendo la cabeza y se volvió á sentar con expresión preocupada.

— Nunca sabrás mentir, amigo mío, dijo tristemente.

Tratas de tranquilizarme, pero tú mismo estás inquieto. Te conozco tan bien que nada más que en el sonido de tu voz adivino lo que piensas. Has tenido malas noticias, y no quieres dárme las. Haces mal, porque debes decirme la verdad. ¡Díos mío! ¿Está enfermo Pedro?

— ¿Estaría yo aquí?

— ¡Ah! Esta vez dices la verdad, dijo Francine con una dulce sonrisa. Estarías seguramente á su cabecera. Pero si no está enfermo físicamente, ¿lo está en lo moral? Eso sería acaso más grave. No me engañes, te lo ruego. Sabés que tengo valor enfrente de la realidad, pero carezco de fuerza para las sospechas y las inquietudes... Vamos á ver.... ¿Qué hay?

Appel, puesto sobre aviso por la sagacidad de Francine, trató de engañarla bien.

— ¿Qué quieres que te diga? No sé nada grave y no puedo inventar incidentes para explicarte el silencio de Pedro. Breloquier sabe que ha pasado unos días en Arles... Ya recuerdas que su última carta estaba fechada allí. Ha vuelto á Maillane, pero evidentemente ha debido estar muy ocupado puesto que no ha escrito en una semana... Alguna mujer, sin duda, tiene la culpa.

— Una mujer no impide á un muchacho el escribir á su madre...

— En fin, te digo lo que he sabido por Breloquier. ¿Para qué torturarte la cabeza? Estás haciendo una novela de una cosa tan sencilla. Tu hijo te tiene mal acostumbrada al escribirte tan á menudo... ¿Y por una vez que se descuida le juzgas criminal? ¡Pobre muchacho!

— ¿Es á él á quien compadeces?

— Te encuentro injusta.

Al oír estas palabras dichas por aquel en quien tenía

absoluta confianza, Francine se quedó pensativa y se preguntó si realmente sus temores serían un poco prematuros. No era la primera vez que Pedro se emancipaba. Como todos los jóvenes, había pasado horas de fiebre durante las cuales había burlado la vigilancia de sus padres. Pero jamás Francine había estado tan inquieta como ahora.

— Tú tienes la culpa, dijo dulcemente. Desde hace veinte años me has procurado una vida tan tranquila y tan segura y me he vuelto demasiado susceptible para cualquier dificultad. En otro tiempo no hubiera encontrado extraordinario el tener un motivo de inquietud. ¡Tenía tantos! Estás purgando la culpa de tu bondad; me has hecho demasiado feliz. ¿Pero irá á acabarse la buena vida?

— No, puesto que yo no cambiaré nunca y me encontrarás siempre á tu lado para sostenerte en tus pruebas, si hubieras de sufrirlas. Por eso creo exagerados tus temores. Hay que tener sangre fría. Las más de las veces nos creamos preocupaciones imaginarias y suponemos terribles peligros, cuando podríamos evitarnos esas penosas impresiones con un poco de paciencia y de razón. Creo que ese es tu caso en el momento.

— Desde ayer estoy pensando en nuestra situación, dijo gravemente Francine, y temo que hayamos educado á Pedro con demasiada austeridad. La infancia de ese niño no ha sido alegre, pues ha vivido primeramente conmigo, que trabajaba de continuo y nunca reía, y después con nosotros dos, ocupados en los dolorosos problemas de la existencia y poco propensos á divertirnos. Nuestra casa ha sido acaso un poco triste para ese niño. Mientras ha estado al lado nuestro, no se ha dado cuenta de ello, pero en cuenta ha tenido

alguna libertad y tratado gente de todas clases, temo que haya visto que no tenemos nada de divertidos. De esto á separarse de nosotros en cierta medida, no hay más que un paso. Nos querrá siempre, sí; pero si se mantuviera á cierta distancia, si viviese fuera de nosotros, ¡qué decepción y qué triste fin para mi vida!

— Hay que esperar siempre separarse de los hijos, dijo Appel. Nos figuramos fácilmente que los hijos son creados para los padres y es un error, pues son creados para ellos mismos. Ellos pueden esperar todo de nuestra ternura y nosotros muy poco de su agradecimiento. Esto es así desde que la tierra da vueltas y así será mientras el sol nos alumbré. ¡Qué ilusiones te haces, pobre Francine, si piensas conservar siempre á tu hijo! Tu idea es la de todas las madres francesas y esto hace mucho daño á nuestro país. Para la expansión de nuestro pueblo en el mundo, sería preciso que os acostumbraseis á vivir sin tener vuestros hijos al lado. Á los diez y seis años los muchachos debían viajar, recorrer los continentes, formarse para los negocios, aprender en el país respectivo las lenguas extranjeras y acostumbrarse á decidir por sí mismos y á contraer responsabilidades, en vez de venir á contar á los papás las menores dificultades. Un joven inglés ó americano tiene más decisión á los veinte años que un francés á los treinta. De esto viene el estancamiento de nuestros negocios y la disminución de nuestra influencia y de nuestra grandeza. Ya ves; por un pequeño aspecto de la cuestión, se puede abordar la cuestión general y de las debilidades de una madre francesa deducir todas las faltas de Francia.

Francine sonrió tristemente.

— Te digo mis tormentos y me respondes con un curso de economía política. ¿Crees tú que me voy á

preocupar por la suerte de Francia cuando veo que mi hijo me abandona? No veo más que una cosa; que la casa está triste, porque falta el que la alegra. No está mi cabeza para afectarme por la disminución de la potencia nacional cuando veo disminuir la ternura en el corazón de mi hijo. Soy, sin duda, egoísta, pero necesito mi hijo. No le he hecho venir al mundo para los demás y, por otra parte, nadie le amará como yo.

— Es cierto, mi pobre mujer, que tú le habrás amado como nadie; pero ¿es eso una razón para que él no ame á nadie tanto como á ti?

— Di más que á mí. Lo estás pensando. ¡Ah! Ya sé que en vano una madre cría á su hijo, le alimenta, le educa, pasa cuidándole día y noche y se impone todos los sacrificios para hacerle la vida amable cuando es mayor. Pasa una muchacha cualquiera á la que no conoce, la ve, la sigue y todo lo olvida, no conoce más que á ella y está pronto á todo para complacerla y para obtener su sonrisa y sus caricias. Sé que el ingrato pisoteará, si es preciso, el corazón de su madre para correr hacia la hermosa y que hará con ésta un mérito de su crueldad. Y tú encuentras esto muy natural en tu egoísmo de hombre. Se ve que no has dado tu sangre y lo mejor de ti mismo al niño que se va sin un recuerdo y sin una pena. Para comprender lo que ese abandono tiene de doloroso hay que tener un corazón de madre.

Francine rompió á llorar y Appel, sombrío, no respondió. Había agotado sus argumentos y su razón le parecía muy fría al lado de la hirviente aflicción de su mujer. Veía la áspera exactitud de sus quejas y se estremecía ante la idea de que la intimidad entre Pedro y Dartigues confirmase terriblemente aquellos temores vagos. Bastaba un azar cualquiera para ponerla al corriente de aquella situación tan llena de

peligros. Que llegase una carta sin que él estuviese allí para interceptarla, y la pobre mujer sería herida en el corazón sin preparación ni atenuaciones. La obra de curación moral emprendida por él hacia veinte años, se vendría abajo en un minuto...

No quiso que así fuese. Aquel hombre de valor resolvió en un instante oponerse al aborto de todo su destino. No se sentía encolerizado, pero, lúcido y firme, veía la situación con todos sus peligros y no la juzgaba irremediamente comprometida. No desesperaba de la inteligencia de Pedro y tenía el orgullo de pensar que un hombre instruido por él no se conduciría como un ser vulgar. Una oleada de calor le subió al cerebro y le exaltó. Su triste cara se esclareció con un rayo de luz. Se puso á pasear de prisa por el salón; y á Francine, que le estaba observando, le chocó el cambio de su fisonomía.

— ¿Qué tienes? preguntó.

— He reflexionado sobre todo lo que acabas de decirme, mi pobre mujer, y me he impregnado en tu pensamiento. Es malo no razonar sino con nuestras propias ideas y nos exponemos á ser injustos no colocándonos en el punto de vista de nuestro contradictor. Estimo, pues, que no te equivocas y que por tus sacrificios, por tus penas y por tu perfecta integridad moral, tienes derecho á exigir de tu hijo miramientos, cuidados y una especie de culto particular. Solamente te haré observar que Pedro ignora lo que te debe. Por una delicadeza que apruebo le has ocultado la conducta de su padre y las condiciones lamentables en que os abandonó á los dos. Estoy seguro de que bastaría una explicación á este propósito para abrirle los ojos y traerle á ti, sin que fuese posible nueva decepción. ¿Me autorizas para hacerle esa explicación?

— ¿Y cómo? dijo Francine con secreta angustia.

— Haciendo venir á Pedro ó yendo yo mismo á buscarle.

— ¿Por qué? dijo Francine, dirigiendo á la expresiva fisonomía de Appel miradas casi amenazadoras. ¿Qué tiene que ver con tus preocupaciones esa idea de revelar á Pedro un pasado tan triste? ¿Por qué es hoy necesario que sepa lo que ayer debía ignorar? ¿Qué me ocultas? Siento que hay algo que no me dices. He aquí que, por primera vez en veinte años, aparece en nuestra vida el recuerdo de Dartigues.

— Era inevitable, dijo Appel. Debía fatalmente llegar un día en que se evocase el pasado y fuera preciso explicarse. ¿Ha llegado ese momento? Eso es lo que sólo Pedro puede decirnos.

— ¿Qué temas, pues? Porque tú temas alguna complicación que no me dices.

Appel se calló y su mujer, dirigiéndole una mirada llena de angustia, murmuró :

— ¿Qué ha sido de Dartigues? Ese es el punto negro de nuestro horizonte. Lo he pensado con frecuencia y no te lo decía por una especie de pudor, pero pienso sin cesar en aquel desgraciado y temo volverle á encontrar. ¿Qué ha hecho? ¿Vive todavía? ¿Tengo algo que temer de él? ¡Oh! Los sueños de mis horas solitarias empiezan á tomar cuerpo. No sabía en qué consistían mis aprensiones y ahora ya lo sé... ¡Júrame que no tienes noticias de Dartigues! ¡Júrame que no tiene nada que ver con tus preocupaciones y con mis tormentos!...

— No lo sé. Te juro que no lo sé, exclamó Appel.

— Juras que no lo sabes, pero no que Dartigues no ha parecido y te lo han dicho... No puedes resolvérte á mentir, pero no dices toda la verdad... Quieres evi-

tarme inquietudes... Pues bien, oye; te afirmo que no haces bien. Prefiero conocerlo todo. No me dosifiques la revelación ni me tomes por un espíritu débil... Sopor-taré el choque, pero, por favor, nada de reticencias. Se trata de mi hijo. Dime todo lo que tengo derecho á saber.

Appel no resistió más y se dió por vencido. No hablar era torturar á Francine y se resolvió á hacerlo.

— Pues bien, es cierto. Dartigues se ha presentado.

— ¿Dónde?

— En Maillane.

— ¿Le ha visto Pedro?

— Le ha visto. No se separan hace una semana.

— ¡Y hace una semana que Pedro no nos escribe! ¿Qué ha hecho ese miserable para apoderarse así de él?

— Te responderé lo mismo que Barres : le ha dicho que es su padre.

— Pues creo que Pedro ha debido encontrar que se lo decía un poco tarde.

Appel movió la cabeza y dijo :

— Hay en el fondo de todo corazón humano un sentimentalismo latente que hace explosión, á veces con gran error, pero que decide así las más graves situaciones. Sabes que una palabra oportuna calma á las multitudes desencadenadas y que un rasgó oratorio es capaz de provocar un motín. ¿Qué tiene de extraño que un hijo se conmueva por la voz de su padre, cuando éste posee las condiciones de persuasión de Dartigues? Me has dicho muchas veces que nadie le ganaba á dar á las cosas el aspecto más seductor. En un asunto tan importante para él, supondrás que no habrá estado inferior á su costumbre. ¿Habrá mostrado menos talento para seducir á tu hijo que para convencer

á una mayoría de accionistas? No. El pobre Pedro habrá sido un juguete en las manos poderosas de ese aventurero.

— Hablas de él como si fuera influyente y temible...

— Lo es.

— ¿Ha hecho fortuna, entonces?

— Una gran fortuna. Llega de América con millones...

La cara de Francine se endulzó con una sonrisa.

— Ha conseguido realizar su sueño... ¡ Debe ser muy dichoso!

Appel la miró con ternura.

— ¡ Hermoso corazón! Te alegras de su triunfo aun en el momento en que te hace sufrir.

— Si es feliz, dijo Francine, ¿ por qué ha de ser malo? Nunca ha hecho daño más que cuando tenía interés en hacerlo. Ahora que la suerte le ha sonreído y que ha conseguido lo que más ambicionaba, que era la riqueza, ¿ no sabrá mostrarse clemente para los que concibieron de otro modo sus sueños?

— ¿ Y si precisamente su interés le pidiese apoderarse de Pedro? ¿ Crees que es capaz de vacilar?

— Explicate.

— Si no has conocido antes la reaparición de Dartigues, es porque ha cambiado de nombre al mismo tiempo que de condición social. Has leído con frecuencia en los periódicos el nombre que ahora lleva, y yo mismo le conocía antes de saber que era Dartigues.

— ¿ Cómo se llama hoy?

— El señor de Maillane.

— ¿ El contrincante de Barres?

— Sí, aquel cuya candidatura debía combatir Pedro en el Mediodía.

¡ Ah! Ahora comprendo... Y lo que sucede es más espantoso de lo que creí al principio. Un cariño tardío de Dartigues hacia su hijo hubiera ya sido fértil en complicaciones dolorosas, pero ¿ qué decir de la hostilidad hacia nosotros que le va á inspirar el deseo de triunfar de Barres? El conflicto se presenta terrible desde el primer momento. Más que la lucha entre dos sentimientos, lo es entre dos principios. Se trata de que ese pobre niño elija entre nosotros, que nunca le hemos hablado más que de deberes trabajosos y severos, y su padre, armado de todas las seducciones de la vida lujosa y brillante. ¿ No habremos preparado nuestra derrota quitando atractivos á nuestra causa? Hemos hecho que ese niño sufriese una parte de nuestras tristezas y ahora otro va acaso á robárnoslo ofreciéndole goces á manos llenas.

— En resumen, dijo Appel con firmeza; tú crees que Pedro se dejará corromper y yo no le hago una injuria tan cruel. No creo que hayamos hecho mal de armar fuertemente á nuestro hijo para las batallas de la vida, enseñándole todo lo que forma un alma bien templada y un corazón generoso. Lejos de temer el resultado, yo le espero con confianza. ¿ Hemos sabido hacer de ese niño un hombre? Esto es lo que van á decirnos los sucesos. Ahí está la cuestión. No digo que no tendremos que luchar y que sufrir ni que él no tendrá acaso que llorar. Pero lo importante es que triunfe. Nuestras satisfacciones no deben tener importancia alguna en el debate que comienza. Todo mi deseo, toda mi ambición consisten en asegurarme de que he creado un hombre.

Las mejillas del sabio se tiñeron de ardiente color, su voz era sonora y su ademán enérgico.

Francine miró á su marido con inquietud.